

Homilía de XIX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2010 - 2011 - (Ciclo A)

“¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?”

Introducción

En este domingo la liturgia nos invita a meditar unas lecturas de temáticas bastante dispares.

El Primer libro de los Reyes habla de cómo es la experiencia de Dios empleando una preciosa simbología natural: a Dios se le siente en nuestro corazón como la suave y silenciosa brisa.

El salmo responsorial, como bien indica la antífona, versa sobre la misericordia divina.

En la carta a los Romanos san Pablo comparte con nosotros lo mucho que sufre a causa de la cerrazón del pueblo judío, que es su pueblo.

Y el Evangelio de san Mateo nos ofrece el pasaje de Jesús caminando sobre las aguas y de san Pedro intentando emularle. Sobre este pasaje se apoyará nuestra homilía.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del primer libro de los Reyes 19, 9a. 11-13a

En aquellos días, cuando Elías llegó hasta el Horeb, el monte de Dios, se introdujo en la cueva y pasó la noche. Le llegó la palabra del Señor, que le dijo: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor». Entonces pasó el Señor y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor, aunque en el huracán no estaba el Señor. Después del huracán, un terremoto, pero en el terremoto no estaba el Señor. Después del terremoto fuego, pero en el fuego tampoco estaba el Señor. Después del fuego, el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva.

Salmo

Salmo 84, 9ab-10. 11-12. 13-14 R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor: «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos». La salvación está ya cerca de los que lo temen, y la gloria habitará en nuestra tierra. R/. La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. R/. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, y sus pasos señalarán el camino. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 9, 1-5

Hermanos: Digo la verdad en Cristo, no miento —mi conciencia me atestigua que es así, en el Espíritu Santo—: siento una gran tristeza y un dolor incesante en mi corazón; pues desearía ser yo mismo un proscrito, alejado de Cristo, por el bien de mis hermanos, los de mi raza según la carne: ellos son israelitas y a ellos pertenecen el don de la filiación adoptiva, la gloria, las alianzas, el don de la ley, el culto y las promesas; tuyos son los patriarcas y de ellos procede el Cristo, según la carne; el cual está por encima de todo, Dios bendito por los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 14, 22-33

Después de que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. A la cuarta vela de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, diciendo que era un fantasma. Jesús les dijo enseguida: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!». Pedro le contestó:

«Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua». Él le dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, salvame». Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?». En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios».

Pautas para la homilía

La fe está íntimamente ligada a la fidelidad y la constancia. La verdadera fe es la que perdura en el tiempo, no la que está sujeta a las circunstancias de la persona. Cuando uno cree en Dios de todo corazón, conserva su fe independientemente de cómo le vaya en la vida o de sus circunstancias personales.

Cuentan de un judío que se embarcó con toda su familia y sus pertenencias hacia un país lejano. Pero a mitad de travesía el barco se hundió y el pobre judío se encontró solo en una isla. Cuando fue plenamente consciente de la catástrofe que había vivido le suplicó a Dios así: «Oh, Señor, me has quitado a mi mujer y a mis hijos, me has quitado todas mis pertenencias, me has quitado la posibilidad de llegar a mi destino... ¡te suplico que no me quites también la fe, te lo suplico, no me quites la fe!».

Podemos acordarnos de Job, hombre santo y de robusta fe, al que Dios deja a merced del diablo para que éste le someta a las pruebas más duras. Incluso Dios mismo le oculta su rostro. Job cae en tal desesperación que le hace exclamar improperios contra sí mismo y contra Dios, pero no pierde la fe, y al final de su larga prueba, Dios se muestra por medio de la naturaleza, y Job no sólo recupera lo que ya tenía, sino que lo mejora con creces tanto física como espiritualmente.

Sin embargo los discípulos de Jesús no tienen una fe sólida y bien consolidada. Su fe es impulsiva, fruto de arrebatos. En poco tiempo se desinfla. Todavía no han recibido la acción del Espíritu Santo que el Padre y el Hijo les enviarán en Pentecostés. Es el Espíritu Santo quien les ayudará a mantener sólidamente su fe en medio de todo tipo de pruebas y persecuciones, y así podrán extender el Evangelio por el Imperio Romano y más allá de sus fronteras.

Pero mientras están con Jesús, antes de su Pasión, Muerte y Resurrección, sabemos que su fe no está bien asentada. Es como una casa que se ha construido sobre arena: la crecida de las aguas se la lleva con facilidad (cf. Mt 7,26-27). Piensan que Jesús es, en el fondo, un rey terreno que ha venido a echar a los romanos y un milagroso curandero «expulsador de demonios».

Cuando Jesús les envió por primera vez a predicar, todo fue muy bien: llenos de fe predicaron con energía y curaron enfermos (cf. Mc 6,6-13). Pero pasado un tiempo, su fe se desinfló y ya no eran capaces de curar al epiléptico (cf. Mt 17,14-20). Jesús se lo explicó así: «Por vuestra poca fe. Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Desplázate de aquí allá, y se desplazará, y nada os será imposible"» (Mt 17,20).

Todos los inicios están cargados de ilusión y fe. El primer impulso hace que todo vaya bien al principio. Por ejemplo, tras la boda, el comienzo de la vida matrimonial es alegre y hermoso. Lo difícil es mantener la unidad matrimonial durante el tiempo, superando las muchas crisis que surgen en el día a día, y así hasta la muerte...

Y lo mismo podemos decir de la fundación de una comunidad cristiana. Al principio todos los hermanos y hermanas están llenos de ilusión y alegría. La vida fraternal, la oración y la misión van muy bien. Pero después llega la rutina y, sobre todo, las duras penalidades, y entonces es cuando la fe se pone a prueba, y muchas comunidades se hunden...

El pasaje del Evangelio de este domingo nos habla justo de eso, de las dificultades que todos encontramos para mantener nuestra fe cuando las cosas se ponen difíciles.

Cuando los discípulos se encuentran con Jesús caminando sobre las aguas, algo le impulsa a san Pedro pedirle caminar hacia Él. Jesús, efectivamente, le anima a hacerlo y sus primeros pasos son seguros, su primer impulso de fe le hace caminar sobre las aguas, pero en cuanto sintió la fuerza del viento le entró miedo y desconfianza, se le vino abajo la fe y comenzó a hundirse. Aquella fe con la que Pedro salió de la barca no fue más que un chispazo momentáneo.

Pero tuvo la humildad de suplicarle a Jesús su ayuda, y Jesús le echó una mano y le sacó de nuevo a la superficie.

Ahí está la clave para mantener nuestra fe a flote: suplicar a Jesús que nos ayude. Sólo así seremos capaces de conservar el don de la fe. Y en el caso de tener una crisis, Jesús nos echará una mano para que recuperemos nuestra fe.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Evangelio para niños

XIX Domingo del tiempo ordinario - 7 de agosto de 2011



Jesús camina sobre las aguas

Mateo 14, 22-33

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo en seguida: - ¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!. Pedro le contestó: - Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua. El le dijo: - Ven. Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: - ¡Señor, sálvame! En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: - ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado? En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: - Realmente eres Hijo de Dios.

Explicación

Después del milagro de los panes y los peces, Jesús se quedó despidiéndose de la gente y los apóstoles embarcaron para la otra orilla. Luego Jesús, fue tras ellos. ¿Sabéis como?, pues ¡andando sobre las aguas! San Pedro se asustó y le dijo, Si eres tú, dime que vaya yo también andando sobre las aguas. Jesús le dijo "Ven". y pedro comenzó a andar, pero al cabo de un rato, se hundía y le pidió al Señor que lo salvase. Jesús lo salvó y le dijo: ¡Eso te ha pasado porque has dudado, tienes todavía poca fe!.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DÉCIMONOVENO DOMINGO: TIEMPO ORDINARIO -"A" (Mt.14, 22-33)

NARRADOR: ¿Os acordáis?: el domingo pasado Jesús dio de comer a una multitud. Después que la gente se hubo saciado, dijo a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.

Una vez que despidió a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo.

DISCÍPULO1: ¿Dónde se habrá metido el Maestro?

DISCÍPULO2: Se ha ido y nos ha dejado solos en la barca.

NARRADOR: Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

DISCÍPULO1: ¿Estáis viendo lo que yo veo?

DISCÍPULO2: ¡Maestro...! ¡Dónde estás!

DISCÍPULO3: Estoy muerto de miedo ¿Vosotros, no?

NARRADOR: Jesús les dijo enseguida:

JESÚS: ¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!

PEDRO: Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

JESÚS: ¡Ven! Pedro.

NARRADOR: Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

PEDRO: ¡Señor, sálvame!

NARRADOR: En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

JESÚS: ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

NARRADOR: En cuanto subieron a la barca, amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él, diciendo:

DISCÍPULOS: Realmente eres Hijo de Dios

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández